

Mr. Perfecto



Sheridon Smythe

Traducción de
Victoria Martín

Talismán

Capítulo 1



Los músculos de ese hombre se tensaban al doblar el brazo. Tenía unos muslos fuertes y potentes, unas nalgas firmes y un torso ancho y musculoso. Los ojos azul cielo; cabello y pestañas negras y mandíbula fuertemente encajada como muestra de su vigor y de su sensualidad latente con esa barba de dos días que le paraba el corazón a cualquier mujer.

Pero los centímetros sobrantes de su cintura le auguraban un mal porvenir a esos incipientes y temidos michelines.

Luke Reynolds caminaba alrededor del hombre semi-desnudo mientras lo examinaba. No le gustaba nada esa parte del trabajo, pero tenía que cumplir con su deber. Sabía, mejor que nadie, que, cuando una mujer paga por los servicios de un hombre, es para recibir el trato más exquisito y correcto.

Buscando una valoración justa, Luke se dio la vuelta y aclamó a gritos a su secretaria.

La señora Scuttle estiró el cuello raquíptico y asomó la cabeza por la puerta de su oficina con esas gruesas gafas que intensificaban la rotundidad de sus ojos. Tenía setenta y ocho años, viuda y sin hijos y había trabajado

toda la vida de cocinera cuando Luke puso un anuncio de trabajo en el que buscaba a una secretaria hacía ya más de cinco años.

—No hace falta que me chilles, Luke. No estoy sorda. Luke reprimió una carcajada.

—Perdone.

—¿Qué? —La señora Scuttle se cogió la oreja con sorna—. ¡Habla más alto, por dios! Ya soy mayor, Luke; ¡tengo setenta y ocho años, Luke! He perdido mucho oído.

Con gesto severo, Luke se acercó a ella y le señaló a Ivan, que seguía de pie vestido con los boxers mientras miraba a Luke con actitud ofendida. Ivan sabía, como todos sus compañeros, que las palabras de la señora Scuttle iban a misa.

—Mire a Ivan, por favor. Dígame qué opina.

La señora Scuttle caminó con su lentitud y torpeza habitual hacia Ivan y se paró a un centímetro de su nariz. Lo miró de arriba a abajo y lo rodeó casi sin levantar del suelo esas zapatillas de enfermera. Inclino la cabeza y arrugó ese cuello escuálido.

Luke tenía la impresión de que Ivan iba a dar un brinco si la señora Scuttle lo tocaba.

—Mmm, bueno, bueno —murmuraba mientras se movía a su alrededor—. Oh, pobre. Sí, sí, ya sé a lo que te refieres, Luke. El pobrecillo se está poniendo gordo.

Sorbió saliva y se arrastró hacia la puerta.

—... no les gustará a las mujeres. No les gustará. Bueno, Luke, me voy a comer. Volveré, por lo menos, en una hora o dos.

Se oyó el portazo y Luke se volvió hacia Ivan. Lo mi-

raba en silencio, con la ceja arqueada a modo de gesto inquisitivo.

—¡Hombre, Luke! —Ivan espetó como si la señora Scuttle le hubiera dado una sentencia de muerte—. Sólo he ganado unos kilitos; ya te dije que Diane ahora come como una lima. No para de comprar patatas de bolsa, chucherías y helados. Cuando nazca el niño, todo volverá a la normalidad. De verdad. —Hizo una pausa para aumentar el nerviosismo—. Mira, pasó lo mismo cuando estuvo embarazada de Joey. ¿Te acuerdas?

Luke suspiró y se cruzó de brazos. En el trabajo, no podía ser permisivo. Era por su bien y por el bien de Ivan. Estaba seguro, además, de que en ese estado físico ya no ganaba tanto dinero extra.

—Ivan, no te voy a echar; así que cálmate. ¿Cuántos años llevas trabajando para mí?

—Tres. Tres años de trabajo impecable —sentenció Ivan. Intentaba contener el nudo en la garganta, pero le fue imposible. Las gotas de sudor bañaban sus cejas.

—Y durante esos tres años, ¿has estado satisfecho con el dinero extra que has hecho trabajando para mí?

—Sí, señor. Muy contento. En uno o dos años, Diane y yo acabaremos de pagar la hipoteca de la casa.

—O sea, que estás conforme —respondió Luke sutilmente.

Ivan empezaba a sentirse desconcertado.

—No te entiendo.

—Estás de acuerdo conmigo en que este trabajo es importante para ti.

—Bueno, sí, claro, ya te lo he dicho.

—Entonces, entenderás que tienes que ir tres veces por semana al gimnasio durante un mes.

—¡Pero Luke! Si no estoy en casa para estar pendiente de Joey...

—Tráete aquí al niño. Yo lo vigilaré mientras tú haces gimnasia y luchas contra tus michelines. —Luke ignoró el chasquido quejumbroso de Ivan mientras salía a paso ligero hacia su oficina para coger el teléfono.

En cuanto descolgó el teléfono, sus preocupaciones iban por otros derroteros.

—Servicios de Compañía *Mr. Perfecto*. Le atiende L. J. Reynolds.

—Señor Reynolds. Soy el detective Parker.

El cuerpo de Luke se tensó y la sensación de calidez se fue apagando.

—Sí, dígame: ¿en qué puedo ayudarle, señor Parker? —Luke sabía que era muy improbable que Parker necesitara un acompañante.

—Detective Parker —le corrigió—. Ha habido otra denuncia sobre la actividad de su empresa.

«Dos denuncias en dos meses», se lamentaba Luke, guardándose la frustración. Antes de esos dos meses, la empresa llevaba una trayectoria incólume de cinco años de buen trabajo.

Fingiendo, sin éxito, un tono despreocupado, Luke le preguntó:

—¿Qué se alega en esta denuncia?

—Lo mismo que en la anterior ¿Sabía que uno de sus empleados... —se oyó el ruido de unos papeles— un tal... Anthony Cuff, ha tenido relaciones sexuales con una de sus clientes?

Luke arrugó la nariz y respondió fríamente:

—Sí, lo sabía. ¿Sabía usted que el señor Cuff fue automáticamente despedido?

—Hombre, más les valía —gruñó Parker—. Esta es su última oportunidad, Reynolds. Como tenga la más mínima prueba o evidencia, les hundo. ¿Queda claro?

Luke apretó los dientes hasta tal punto que le crujió la mandíbula. Estaba muy cansando de los prejuicios de la gente sobre su empresa.

—Sí, entendido. No volverá a pasar.

«No tendría que haber pasado ni una vez», pensó Luke después de colgar el teléfono. Por otra parte, era muy raro que hubiese pasado otra vez en un lapso tan corto de tiempo. ¿Estaban siguiendo su actividad? ¿La competencia estaba al corriente?

Luke tenía la sospecha de que la empresa de la competencia, *A su servicio*, gestionada por su hermanastro, Rhew Burgess, estaba empezando a sembrar semillas envenenadas en su propio jardín para hundirle el negocio.

Pero todavía no lo había conseguido.

Era el momento de recordarles a sus empleados la regla de oro. Mientras le daba vueltas a esta idea, fue a buscar el teléfono. *Mr. Perfecto* no se podía permitir ni un error más.

Media hora después, había quedado con tres de sus cinco empleados en el Bar Restaurante *Danny* en la calle Sesenta y Siete.

Los otros dos empleados debían quedarse trabajando y serían sustituidos más tarde.

—¿Servicios de Compañía *Mr. Perfecto*?! —Lydia Carmichael torcía el labio a modo de desprecio. Lanzó la tarjeta de la empresa encima de la mesa—. ¡Pero si el nombre ya lo dice todo! ¿Por qué no se cuelga un cartel de la frente que ponga «Sexo por horas» el Reynolds ese?

Sentada frente a ella al lado de la ventana en el banco del Bar Restaurante *Danny*, su mejor amiga y compañera de trabajo, Casey Winters, le respondió con un gesto de preocupación. Lydia era consciente de que se estaba obsesionando, pero no lo podía evitar. Habían engañado a la tía Tempera y tenía que hacer algo para vengar a la cariñosa y dulce mujer que la había criado.

Lydia miraba a Casey y esta repiqueteaba con los dedos encima de la mesa. Juntas, dirigían un centro de belleza y relajación al que acudía la gente de clase media de Atlanta. La idea de aplicar cuidados y tratamientos de belleza muy asequibles económicamente había funcionado desde el principio. Incluso se empezaba a rumorear que la revista *Style* estaba preparando un reportaje sobre el rotundo éxito que había cosechado su pequeño negocio.

Sin embargo, era mucho esfuerzo y trabajo para tan poca recompensa económica. A pesar de todo, merecía la pena.

—Si no me equivoco, ¿tu tía sigue sin salir de su habitación? —le preguntó Casey. Se llevó un champiñón relleno a la boca y cerró los ojos de puro placer—. Oh, dios. ¡Están buenísimos! ¿Con qué los rellenarán?

Lydia no se lo había planteado. Tampoco le importa-

ba. Con un gesto brusco, hundió el tenedor en la ensalada de gambas. Llevaba bastantes días sin tener hambre, como su desafortunada tía.

—Sí, sigue sin salir. Sólo han pasado dos semanas. Estoy muy preocupada por ella, Case.

—Tú no tienes la culpa. Tempera siempre ha sido muy impulsiva y entregada. Mira todo lo que ha conseguido con su trabajo de ayuda a los pobres. Gracias a ella, mucha gente sin recursos tiene ahora trabajo y vivienda.

—Sí, es una mujer única —dijo Lydia, afligida—. Por eso precisamente quiero hacer algo constructivo; desagruararla de alguna manera.

Casey soltó una carcajada.

—¡Por dios, Lydia! Pareces vikinga con ese discurso de desagruvio. —Apartó el plato y se inclinó hacia ella—. Mira, has hecho todo lo que has podido; lo has denunciado a la policía, al ayuntamiento y a la revista *Consumer*.

—Sí, y no ha servido de nada —protestó Lydia—. Dice el detective Parker que no soy la primera que les pone una denuncia. O sea, que hay otra mujer, como mi tía Tempera, que ahora está hecha polvo en su habitación después de que un gigoló cerdo y desgraciado le haya sacado todo el dinero y la haya dejado tirada. —Lydia ardía en ira al imaginarse la humillación de Tempera y su actual rostro de sufrimiento—. Y lo peor de todo es que estoy segura de que la tía Tempera se ha enamorado de ese villano.

—Otra vez con tu rollo vikingo. Y, no sé si soy yo, pero te estoy viendo las intenciones. ¿A que estás tra-

mando algo? —Casey se reclinó en el banco y se cruzó de brazos, esperando ansiosamente el desenlace de esa intriga.

Lydia se encogió de hombros, pero le lanzó una mirada perversa.

—He estado pensando en lo que me ha dicho el detective Parker. Si demuestro que *Mr. Perfecto* no es más que una tapadera de prostitución masculina, conseguiré que lo cierren.

Casey entornó los ojos.

—¿Con qué pruebas? ¿Y cómo las vas a conseguir? —Lydia la estaba mirando fijamente cuando el corazón le dio un vuelco a Casey y soltó un bramido de descrédito—. Espera, no, no ¡No irás a hacer eso! Espero que no estés pensando en lo que yo estoy pensando... ¡sería peligroso!, ¡inmoral!

—Destapar una actividad cruel, desleal y miserable como esta no tiene nada de inmoral.

—Sí, vale, ya me ha quedado claro. Pero, Lydia, ¿crees que es necesario acostarte con uno de esos sinvergüenzas, con uno de esos parásitos sociales?

Aunque se le derretía la boca sólo al pensarlo, Lydia asintió.

—Si, de esta manera, consigo que cierren el negocio, sí, creo que es necesario. —Levantó los labios en actitud seria—. A veces, una mujer tiene que sacrificarse por sus seres queridos.

—¿Sacrificarse? —Casey soltó una carcajada y sacudió la cabeza—. Lydia, por favor, reconoce que Tony está buenísimo. La empresa no se llama *Mr. Perfecto* por casualidad, así que no te hagas la ingenua.

Lydia tendría que haberle respondido con otra carcajada, pero soltó un chasquido incómodo.

—Eso no va a suceder ni en broma. Además, recuerda que nunca llego al final.

—Sí, eso es lo que dice tu ex —inquirió Casey en voz baja para no ofenderla—. Pero que no hayas llegado al final con ningún hombre no significa que no puedas. Con el hombre apropiado...

—No, Case. No sigas por ahí.

—Pero si ya hace un año.

—Muy pronto para mí. —Lydia sacudía la cabeza para reafirmar su sentencia—. Además, la tía Tempera tiene la agenda apretadísima y me ha pedido que la ayude, así que tampoco tendría tiempo para estar con nadie.

—¡Qué fuerte! —gritó Casey, obligando a que se volvieran los de la mesa de detrás. Lydia sintió una vergüenza súbita—. Vas a necesitar un servicio de compañía, ¿no?

Lydia le sonreía tímidamente y notaba el rubor recorriendo su cara.

—Sí, voy a necesitar un servicio de compañía. —Recogió la tarjeta de la empresa junto con la tarjeta de crédito y las guardó en el monedero, algo avergonzada y desconcertada al percibir el brillo en los ojos de Casey—. Casey, ¿te va bien con Brett?

La expresión de Casey mutó de repente como si le hubieran dado una bofetada. Sonrió tan abierta como falsamente.

—¿Que si me va bien? Claro que sí. ¿Por qué no nos iba a ir bien? —Se encogió de hombros y bajó la vista hacia el plato de champiñones que casi ni había tocado.

Cogió el cuchillo como si fuera a apuñalar a alguien—. Ayer por la noche se quedó dormido mientras hacíamos el amor, ¿a ti qué te parece?

—Vaya, lo siento. —Lydia le cogió de la mano y se la apretó—. Seguro que Brett estuvo trabajando muchas horas ayer y no lo pudo evitar.

Casey suspiró y dijo:

—Sí, seguro que es eso. Pero sólo llevamos seis meses casados. —Se le escapó un gruñido de angustia—. Bueno, no quiero agobiarte con mis problemas.

—Somos amigas. Tenemos que contarnos los problemas. —Lydia miró el reloj—. Eh, qué te parece si vamos a visitar a Tempera y hacemos una buena tertulia de mujeres con unas cuantas tarrinas de helado.

—¿Tienes de chocolate?

Lydia sonrió mientras firmaba el recibo de la tarjeta de crédito y se levantó del banco.

—¡Vaya pregunta más tonta! Soy una mujer, ¡¿cómo no voy a tener chocolate?!

«¿¡Soy una mujer!?!».

Luke había estado todo el rato sentando frente a Lydia y Casey y había decidido que Lydia no era una mujer; era un castigo.

Entonces caminó por delante de él y todos sus pensamientos se rindieron ante una única idea. Dos. Quizá tres.

Preciosa.

Simpática.

Sensual.

Era alta y esbelta; su cuerpo tenía unas curvas tan suaves como incitadoras. Llevaba un vestido sobrio, de color azul oscuro, que le llegaba hasta las pantorrillas, pero su fibra elástica se adaptaba a su figura como una segunda piel, realzando el culo más bonito que él había visto nunca.

Luke notó la boca seca. De pronto, se dio cuenta de que la había tenido abierta todo el rato. Muy abierta. Casi con la mandíbula desencajada. La cerró de repente y apartó la mirada de esa mujer que ahora desaparecía por la puerta.

Al estar tan cerca de ellas, lo había oído todo, si bien al principio no les había prestado mucha atención.

Entonces, esa mujer llamada Lydia (la fantasía erótica de cualquier hombre) se había referido a su empresa de servicios de compañía y a partir de ese momento la conversación había sido una pesadilla para él.

Por otra parte, si se paraba a analizar fríamente el plan que estaban urdiendo, llegaba a la conclusión de que estaba muy bien pensado. Luke miró, pensativo, hacia la puerta. Si era cierto el estado en el que se encontraba su tía, tampoco culpaba a Lydia. Y maldecía a Anthony Cuff por haber manchado la impoluta reputación de la empresa de Servicios de Compañía *Mr. Perfecto*.

Bueno, casi impoluta.

El primer bache en el camino había llegado un mes atrás cuando un empleado nuevo había roto la regla de oro. Graham Prescott argumentó que la cliente lo había emborrachado y lo había seducido. Cuando Luke habló con ella, la mujer admitió, dubitativa, que él le había seducido a ella. Luke no era tonto y podía intuir que ella

había mentido deliberadamente cuando en realidad estaba colgada por ese idiota.

Lydia lo había llamado «cerdo y desgraciado». «Qué curioso», pensó Luke, mientras miraba el reloj. Tenía sólo un cuarto de hora para pensar en Lydia y en cómo podría manejar la situación.

Primero pensó en enfrentarse a ella y rebatirle su plan en cuanto recibiera su primera llamada. Seguro que la señora Scuttle, con su voz hosca y áspera, decidiría llamar a este contraataque «Prevención de daños». Así lo tildaría. Más tarde, pensó en asignarle el servicio al felizmente casado Ivan y reírse, entonces, de su plan frustrado. Pero también estaba Collin, que llevaba quince años casado con el amor de su vida y que jamás se sentiría atraído por ninguna otra mujer.

Ni aunque fuese tan atractiva como Lydia.

Luke sonrió con sumo placer al pensar en el gran tropiezo de Lydia si se topaba con Greg, un adonis rubio absolutamente gay que le reportaría una prueba más que humillante.

O... él mismo le daría su merecido. Que, en realidad, era lo justo por sus malas intenciones.

Podría dejar que ella lo conociera y hacer que se arrepintiera para siempre del día en que había intentado hundir el negocio de Luke Reynolds. Luke se alteró un poco al pensar en una situación como esta. Había trabajado mucho durante muchos años, hasta tal punto que había sacrificado la diversión.

El hecho de conocer las intenciones más oscuras de Lydia le alteraba y le emocionaba a partes iguales, creando, en él, un sentimiento de impaciencia. El calor le

sobrevenía por debajo de su vientre al imaginarse que podría ser el primero en llevarla al clímax. ¿No era el sueño de cualquier hombre, ser el primero?

Pero eso era imposible. Él, como todos los demás, tenía que acatar la regla de oro. Y tenía que dar ejemplo a sus empleados.

Luke se sentó en el banco que habían ocupado las dos mujeres y sonrió al ver el recibo de la tarjeta de crédito que Lydia había firmado. Pensó por última vez en alguna manera de sortear la regla de oro. Si no aceptaba su dinero, si rompía a trizas cualquier cheque que ella le pudiera ofrecer, Lydia nunca podría demostrar nada y él no estaría quebrantando la regla de oro.

Porque Lydia no sería una cliente.

Pero él la podría hacer sentir como tal. Una mujer inteligente como Lydia sabía que no podría pagar en metálico, y mucho menos si buscaba pruebas con ese tipo de interacción.

Entonces, cuando le hubiese dado una lección a Miss Lydia Carmichael, ella se daría cuenta de que su negocio era tan limpio y próspero como inofensivo. De hecho, más bien ayudaba a cientos de mujeres necesitadas de compañía y protección en algún momento u otro de sus vidas.

Muchas veces, sólo buscaban a alguien que las escuchara o que las animara. Otras, necesitaban la amistad de un hombre atento.

A lo mejor, después de unos cuantos encuentros, le podía explicar la vez en la que Collin sorprendió a un ladrón en la casa de una cliente. Collin lo dejó inconsciente mientras su cliente llamaba a la policía.

¿Qué habría pasado si Collin no hubiese estado allí? La mujer se sintió muy agradecida. Se podría haber defendido sola, pero, al estar alistado en el ejército, Collin tenía unos reflejos muy buenos y una gran fuerza para actuar en las peleas.

En otra ocasión, Greg había ayudado a una cliente a poner celoso a su marido, hasta tal punto que este acabó dejando a su amante y abandonando sus escarceos. Hasta la fecha, la cliente y su marido trataban a Greg como a uno más de la familia y ella esperaba su primer hijo después de diez años de matrimonio. Querían llamarlo Greg.

Y había muchas más historias que debían ser contadas; historias amorosas, tiernas y positivas que podrían reblandecer el corazón de Lydia y cambiar su opinión acerca del negocio de las empresas de compañía.

Levantó el recibo de la tarjeta de crédito y observó la tarjeta de empresa que Lydia le había dejado a la camarera. *Centro de belleza y relajación Lydia*, socias y promotoras Lydia Carmichael y Casey Winters.

Por primera vez en mucho tiempo, Luke se sintió impaciente y emocionado.